

Discurso del Dr. Núñez

Por delicadeza personal, no obstante la justicia de este homenaje, habría permanecido en silencio, si una voz interna, imperativa, voz de gratitud, no me pidiera decir unas frases en recuerdo de quien fué distinguido colega y amigo, doctor Teodoro Picado.

Perteneció el doctor Picado a aquella legión de médicos que parece pronta a extinguirse en el mundo, para quienes el éxito material de la profesión estuvo siempre supeditada a un ancho espíritu de humanidad.

Hizo política en el sentido levantado de la palabra. Hizo política porque sintió la necesidad de coadyuvar al progreso de las instituciones patrias, con talento y corazón sin que deslumbrara sus ojos o hiciera eco en sus oídos, ni el amarillo del oro, ni el retintín de las monedas.

Hizo política porque consideró al hombre como la razón de ser del estado y le tendió su mano generosa.

Hizo política porque tuvo un amplio sentido de responsabilidad. Quien acepta una posición pública, obligado queda a poner alma y vida en su leal desempeño; tuvo amplio sentido de responsabilidad profesional y ciudadana porque hizo preceder la ética a todo otro sentimiento.

Hizo política porque fué sincero, porque fué leal, porque tendía su mano amiga no como gesto muscular automático, sino como un impulso del corazón. ¡Andan en el momento que vivimos—de envidias y de recelos—tan al garete la mano que aprieta y el brazo que abraza de las ideas que bullen en el subconsciente! ¡Tal la razón por la cual tan fácilmente se muerde hoy la mano que ayer se extendió generosa, o se besa el látigo que antes fustigara las espaldas!

Hizo política, porque cultivó las inteligencias, en la cátedra y al través de la prensa.

Hizo política, porque cultivó la tierra; cultivar la tierra es volver a la naturaleza y volver a Dios. Cultivar la tierra es pensar en el bienestar general y la más noble política es la preocupación constante por la dicha de todos.

Hizo política desde la *Gaceta Médica* que él dirigiera durante muchos años. Al través de sus columnas habló al país de higiene, de ética profesional, de beneficencia, de espíritu de colegio. Han corrido cincuenta años sin que uno de sus anhelos más justos haya podido realizarse: que la ciudad de San José tenga un médico que dedique todo el tiempo a velar por su salud.

En 1928, en Lima, Enrique Paz Soldán—quizá la mentalidad más despejada de la América—me preguntó por la salud del doctor Picado, y agregó: "La *Gaceta Médica* que el doctor Picado edita, es leída aquí con todo interés. Vea que no se interrumpa ni su publicación ni su canje."

El nombre del doctor Picado, he aquí el motivo de esta intervención, tiene vinculaciones con mi carrera profesional.

Cuando en 1910, después de ocho años de tocar en vano a las puertas de Congresos y Ejecutivos pidiendo una ayuda a la cual tenía derecho, un guiño gracioso del cielo, que no de los hombres, me ponía al menos en pie de lucha para realizar mi ensueño, la duda del éxito, desde el ángulo eco-

nómico, me asalta en forma tan intensa como intensa había sido mi obsesión. Estimular la fe, vale tanto, como crearla y esa fué la obra de los doctores Picado, Calderón Muñoz, Fonseca Calvo y Pupo: transformar en confianza el pesimismo de otros y mi propio pesimismo.

El doctor Picado me señala la Universidad de Ginebra, su alma mater; me hace cálculos, que por cortos que fueron, me resultaban siempre largos; me da cartas de presentación para sus viejos profesores y hasta me señala la calle y el número de la modesta pensión en que debía alojarme. Aquellos que han trajinado siempre por caminos fáciles llevados de la mano por el padre rico o por el Gobierno complaciente, no pueden apreciar cuánto valen estas pequeñas cosas para quienes en el mundo sólo cuentan con Dios y sus propias fuerzas.

Cinco años después regresaba al país para encontrarme de nuevo entre los miembros de la Facultad de Medicina a quienes tocaba examinarme, con la palabra bondadosa y el gesto acogedor del doctor Picado que debía vencer este complejo de inferioridad que ha sido compañero inseparable de mi existencia.

No el destino en cuyas anchas espaldas tantos bienes y tantos males amontona el mundo; sino la Diosa Casualidad, que asoma a cada recodo de la vida, quiso que fuera yo jefe de quien debiera haber sido subalterno. El doctor Picado dió sentido de realidad a la ley que como Secretario de Estado en la Administración Acosta acababa de dar al país: la Ley de Asistencia Pública para el tratamiento de las enfermedades venéreas. Nada alteró jamás nuestras magníficas relaciones amistosas y profesionales y en 1925, al trasladarse a Europa para atender a una invitación de la Liga de las Naciones, don Ricardo Jiménez y yo, Secretario de Estado, de Estado, pensamos que no en mejores manos que en las del doctor Picado podía quedar el Ministerio de Salubridad Pública. Y yo me alejé del país, sabiendo que en mi lugar quedaba un amigo. Un amigo en la significación original y diáfana del término. De él nadie pudo decir jamás: "Reniego del amigo que cubre con las alas y hiere con el pico."

Conferencia radiodifundida por el Dr. José Amador Guevara desde la Estación "Radio para Ti", el lunes 4 de Set. 1944

Objetivo de la Primera Semana Nacional Antivenérea

El Departamento de Lucha Antivenérea, contando con la más amplia colaboración de la Liga Social Antivenérea, ha dispuesto organizar en todo el territorio de la República, la Primera Semana Nacional Antivenérea del 11 al 16 de setiembre próximo. Es nuestro fundamental propósito, efectuar una intensa campaña educativa sobre el peligro de las enfermedades venéreas, cuyas graves consecuencias sobre el individuo, la familia y la colectividad contribuyen indiscutiblemente a la degeneración de nuestro pueblo.

Pretendemos, asimismo, allegar fondos para seguir adelante en esta tarea que tiende, como lo hemos repetido en numerosas ocasiones, a defender la salud de las futuras generaciones y desde luego a evitar que